

llamamiento que Cortés hizo á Jerónimo de Aguilar. Hemos elegido á los autores más antiguos, porque ellos dan todos los detalles pertinentes al asunto de que tratamos.

VII

Orozco y Berra da los siguientes detalles sobre la versión de los méxica, respecto á la llegada de la flota á San Juan de Ulúa.

Desde que las naves de Juan de Grijalva se alejaron, los gobernadores de las costas habían recibido órdenes para tener de continuo atalayas en lugares convenientes, á fin de espiar el mar, y dar cuenta si las naos aparecían de nuevo. Unos nueve meses transcurrieron en aquella constante vigilancia, hasta que se tuvo constancia de la presencia de la flota de Don Hernando; entonces *los guardas de las costas dieron aviso, y ligeros correos* vinieron á México, comunicando la noticia á Moctecuhzoma. Éste reunió á los de su consejo, siendo de parecer, que otra vez retornaba el gran emperador Quetzalcoatl, á quien estaban esperando; por lo cual, debían salir á recibirle con toda presteza, llevándole ricos presentes. Fueron nombrados al efecto cinco nobles, llamados Yallizchan, Te-

puztecatl, Tizaoa, Huehuetecatl y Hueicaznecatecatl:¹ recibieron los presentes, que consistían en piezas de oro, piedras preciosas, joyas, plumajes ricos, con las insignias de los dioses Quetzalcoatl, Tezcatlipoca y Tlalocatecuhtli, todo lo cual envolvieron en mantas ricas, colocando los envoltorios en petacas: aderezado el fardaje, al despedirse del emperador, dijo éste á los enviados: «Andad y cumplid vuestra embajada como os lo he mandado; mirad que no os detengáis en ninguna parte, sino que con toda brevedad lleguéis á la presencia de nuestro señor y rey Quetzalcoatl, y decidle: Vuestro vasallo Moctecuhzoma, que ahora tiene la tenencia de vuestro reino, nos envia á saludar á vuestra majestad, y nos dió este presente que aquí traemos.»²

Los embajadores pusieron brevemente en camino, llegando con toda prisa á orillas del mar; cuando las naos de Don Hernando anclaron, ellos se metieron en dos canoas con sus cargas, dirigiéndose á la nao capitana más aparente por las insignias que ostentaba. Al estar junto á la nave, «preguntáronles de dónde venían, y quiénes eran: ellos respondieron, que eran mexicanos y que venían de México á buscar á su señor y rey Quetzalcoatl, que sabían estaba allí.

1. Así en la relación de la conquista del P. Sahagún, prim. edic. México, 1829, cap. III. En la segunda edic. México, 1840, cap. III, aun cuando se refiere que los embajadores eran cinco, no se nombraron más de dos: Jaolliostha y Tepuztecatl: el nombre Jaolliostha, no parece de buena formación Mexicana. O. y B.

2. P. Sahagún, relac. de la conquista, cap. IV.

Como los españoles hubieron oído aquella respuesta, maravilláronse y no les respondieron nada, y comenzaron á hablar ellos mismos entre sí con palabras bajas, diciendo: ¿qué quiere decir esto que dicen, que saben que está aquí su rey y su señor dios, y que le quieren ver? Esta respuesta oyó Don Hernando Cortés con todos los demás, y comenzaron á conferir entre sí sobre estas palabras, y después de mucho dar y tomar, concertaron entre sí, que Don Hernando Cortés se ataviase con los mayores atavíos que tenía, y le aderezaron un trono en el alcázar de popa donde se sentase, representando persona de rey, y estando de esta manera entrasen á verlo y hablarle aquellos indios mexicanos que venían en busca de Quetzalcoatl. Hecho esto, respondieron á los indios, que fuesen muy bien venidos, que allí estaba el que ellos buscaban, y que le verían y hablarían.¹

Los de la capitana ayudaron á subir á los hombres, y trasbordaron los efectos de las canoas; cuando los embajadores pretendieron ver al dios, los castellanos los llevaron adonde estaba dispuesto Cortés; entraron llevando los presentes en las manos; al ver á Don Hernando, hicieron el acatamiento acostumbrado, poniendo el dedo mayor de la mano derecha en el suelo y llevándose lo á la boca, y el principal de ellos habló, diciendo: «Dios nuestro y señor nuestro, «seais muy bien llegado, que grandes tiempos ha que «os esperamos nosotros, vuestros siervos y vasallos.

1. Sahagún, relac., cap. V.—Torquemada, lib. IV, cap. XIV.

«Hános enviado á saludar y recibir Moctecuhzoma, «vuestro vasallo y teniente de vuestro reino, y dice, «que seais muy bien venido, nuestro señor y dios.» Vistiéronle entonces los ornamentos de Quetzalcoatl, poniéndole en la cabeza una especie de corona de oro con joyas y plumas; de la garganta á la cintura el vestido nombrado *xicolli*, un collar de piedras valiosas, y así de las demás insignias: extendieron á sus pies los ornamentos de Tezcatlipoca y Tlalocatecuhtli, con los demás objetos del presente. Acabada la ceremonia preguntó Cortés: «¿pues no traéis más de esto para recibirme?» Á lo cual respondió el embajador principal: «Señor nuestro y rey nuestro, esto nos dieron que trujésemos á vuestra majestad y no más.» Los huéspedes fueron puestos en el castillo de proa, agasajándolos con viandas y bebida. Los españoles de otras naves acudieron á la curiosidad de lo que pasaba, admirando de ver tan rara simpleza y novedad.¹

Al día siguiente, los castellanos pusieron por obra asustar á los méxica, aherrojándoles con grillos y cadenas, soltando la artillería de que mucho se amedrentaron, presentándoles las armas de fierro, solicitándolos á combatir con ellas; como ellos rehusaron pelear, los injuriaron, diciendo: «que eran cobardes y afeminados, y que se fuesen como tales á «México, que ellos iban allá á conquistar á los mexicanos, y que allí morirían á sus manos, y que dije-

1. Sahagún, relac., cap. V.—Torquemada, libr. IV, cap. XIV.

«sen á Moctecuhzoma, como su presente no les habia «agradado, y que yendo á México, les robarian cuanto «tenian y lo robarian para sí.¹

Después de este discurso, los méxica fueron puestos en sus canoas, dejándolos en libertad; sobrecogidos del miedo, remaron apresuradamente hasta la pequeña isla de Xicalanco, en donde comieron y reposaron un poco, tomaron para el pueblo de Tecpan-tlayacac, comieron y durmieron en Cuatlaxtla, prosiguiendo apresuradamente para Tenochtitlán. Por el camino iban confusos y preocupados, revolviendo en la mente lo que habían visto y oído, meditando en los males que les amenazaban. Llegados á México, fuéronse derechos al palacio del Emperador, y hablando con los guardas de la cámara, les dijeron: «Si duerme nuestro señor Moctecuhzoma, despertadle y decidle: Señor, vuelto han los embajadores que enviasteis á la mar, á recibir á nuestro dios Quetzalcoatl»; entraron á la cámara los guardas y el emperador dió por respuesta: «decidles que no entren acá, sino que se vayan derechos á la sala de la judicatura.»²

1. Sahagún, relac., cap. VI.

2. Sahagún, relac., cap. VI.—Torquemada, lib. IV, cap. XIV.—Códice Ramírez. M. S. Clavijero, tomo 2, pág. 11, nota, repugna esta relación contenida en Torquemada, fundándose en estas reflexiones: “El ejército salió de Tabasco el Lunes Santo y llegó el Jueves al puerto de Ulúa. Los montes de Tochtlán y de Mictlán, de donde se pudo ver la expedición, no distan de la capital menos de 300 millas, ni ésta de Ulúa menos de 220, así que, aunque se hubiese visto la expedición el mismo día en que zarpó de Tabasco, era imposible que los embajadores llegaran el Jueves á Ulúa. No hay escritor que ha-

Llevados los embajadores á la sala, fueron sacrificados algunos esclavos, con cuya sangre los rociaron, ceremonia usada cuando se presentaba embajada de suma importancia y grave. Sentado Moctecuhzoma en su trono, rodeado de los de su consejo, el principal de los embajadores hizo su acatamiento, tomó polvo del suelo con el dedo (llamábase esta ceremonia *tlalcualiztli*), y tomó la palabra, refiriendo punto por punto cuanto les había acaecido con los castellanos. Al oír la narración, y principalmente las amenazas

ga mención de esta circunstancia; antes bien, de la relación de Bernal Díaz se infiere que todo es invención, y que los mexicanos habían ya conocido el error que ocasionó la primera armada.”—Aunque á todo esto puede darse muy larga respuesta, concretaremos lo mucho que se puede decir, para no hacer esta nota demasiada extensa. La noticia de la flota de Cortés no se tuvo del lunes santo 18 de Abril, sino desde que llegó á Tabasco, lo cual extiende el plazo de cuatro días á más de un mes. *Las atalayas estaban espionando la venida de los blancos, y las noticias se comunicaban por las postas, colocadas á lo largo de los caminos principales, que eran sueltos corredores que á paso gimnástico y veloz recorrían la distancia de unas dos leguas, á cabo de las cuales, otra persona recibía de palabra la noticia ó el escrito en que estaba contenida, prosiguiendo así sucesivamente, sin que aquel pronto caminar se interrumpiera de día ni de noche.* “Hay autores que dicen que de aquel modo se atravesaba la distancia de trescientas millas en un solo día;” dice lo mismo Clavijero: Tomo 1, pág. 314. El mismo autor, notando la celeridad de las comunicaciones entre Veracruz y México, afirma, en el tomo 2, pág. 14, nota segunda: “pero habiendo dicho poco antes que las postas mexicanas eran más diligentes “que las de Europa, no es de extrañar que llevasen en poco más de un día la “noticia de la llegada de los españoles, y que en cuatro ó cinco días hiciese el “embajador, en litera, y á hombros de los mismos correos, como muchas veces se hacía. Pues el hecho no es inverosímil, debemos creer á Bernal Díaz, “testigo ocular y sincero.”—Bernal Díaz no hace mención de esta embajada, porque no habiendo intérprete, no pudo saber que lo era, pero sí relata la presencia de las dos canoas *obra de media hora* después de anclada la flota: la relación del repetido Bernal Díaz, más bien apoya que contradice la relación. Los acontecimientos posteriores demuestran, que los méxica permanecían en el error en que estaban cuando la primera armada.—N. de O. y B.

de los blancos, espantóse mucho el emperador, mudáronsele los colores y demostró gran tristeza y desmayo.¹ Entróse después en su recogimiento, en donde estuvo triste y abatido, llorando amargamente por los males que le amenazaban. La fatal noticia se extendió velozmente por la Ciudad, supieronlo chicos y grandes, quienes, por calles y plazas, formando corrillos, lloraban doliéndose de las desgracias que en breve les acaecerían: andaban cabizbajos y llorosos, y los padres en sus casas decían á sus hijos: «Ay de mí y de vosotros, hijos míos, que grandes males habéis de ver y pasar!» Las madres repetían lo mismo á sus hijas, habiendo por todas partes desolación y duelo.²

En esta primera entrevista no pudieron entenderse por falta de intérprete; las comunicaciones fueron por señas que cada quien comprendería según atinara. Don Hernando ignoraba fueran embajadores quienes venían, y debió tenerlos por simples rescata-dores; convenía á sus designios recibirlos de una manera autorizada, y si le pusieron los ornamentos de Quetzalcoatl, no sabía la significación de ellos, y pudo tomarlo como una usanza de los bárbaros. Respecto de los embajadores, tomando á lo serio su encargo, gastaron inútilmente sus parlamentos y retóricas; engañados por acciones no comprendidas, se

1. Sahagún, relac., cap. VII.—Torquemada, lib. IV, cap. XV.—Cód. Ramírez.—M. S.

2. Sahagún, relac., cap. IX.—Torquemada, lib. IV, cap. XV.—Cód. Ramírez.—M. S.

tuvieron por desafiados. Sin duda alguna, mintieron al decir que habían entendido los discursos de los blancos; pero en la misma mentira incurrieron los enviados á Grijalva, de miedo de ser muertos por el emperador, estando obligados, como estaban, á traer respuestas claras y categóricas. En último análisis, los embajadores inventaron una conseja, deducida de sus particulares impresiones, ante la conducta de los extranjeros, la cual vino á embrollar, de una manera fatal, los desatinados pensamientos del estúpido emperador.

Moctecuhzoma había recurrido á las artes de sus mágicos y encantadores, á fin de que fuesen con sus conjuros á espantar á los castellanos; mas habiendo vuelto á decir ser ineficaces sus encantamientos y nigromancias, por ser dioses más fuertes que los suyos, el cuitado monarca, por consejo de los ancianos, repitió las órdenes comunicadas á los gobernadores de las costas para recibir amigablemente á los extranjeros. Día y noche iban y venían correos, participando cuanto en la costa acontecía.¹

Viernes Santo, veintidós de Abril, desembarcaron los castellanos sobre la costa arenosa, llena de médanos, denominada Chalchiuhcucan por los méxica, y en donde hoy se alza la ciudad y puerto de Veracruz: salida la gente y los caballos, la artillería quedó

1. Sahagún, relac., cap. VIII.—Códic Ramírez.—M. S.

2. Según el sistema de calendario nahoa que seguimos, la llegada de la flota, 21 de Abril, correspondió al primer día del mes Hueitoztli, denominado *ome Cipactli*; el desembarco fué el yeí Ehecatl.